

## Cuentos & Cuentistas

### Orson Welles, el genio bromista

*Son muchas las genialidades que Orson Welles (1915-1985) nos legó, sobre todo como realizador y actor de algunas de las mejores películas y emisiones de radio en la historia del arte del siglo XX. Welles escribió guiones y piezas de teatro, y entre sus predilecciones se hallaba la adaptación de relatos cortos, lo que hizo con autores como Joseph Conrad, Isak Dinesen, Chesterton, Somerset Maugham o Graham Greene. Muchas quedaron sólo en bocetos. Pero también se produjo como narrador, por ejemplo con la notable novela negra Mr. Arkadin, que luego transformó en película. He traducido para los lectores de Ramona un cuento de Orson Welles que fue publicado en el Ellery Queen's Mystery Magazine de Agosto de 1956, una muestra poco conocida del espíritu juguetón e irónico de este gran artista.*

*El cuento "Crisis diplomática o Fifi y la trufa chilena" refleja la situación de la guerra fría, cuando la Unión Soviética y Estados Unidos se repartían el dominio del mundo. Welles tenía 41 años cuando se publicó el relato y recién había filmado Mr. Arkadin (Raíces en el fango) en 1954 y dos años después sacaría Sed de mal (1958), ambas protagonizadas por él mismo, delgado en la primera y obeso en la que siguió. Mucha ingesta de trufas, quizás... De esa época es su proyecto inacabado de filmar El Quijote. Pero Welles no estaba en absoluto acabado, ya que vendrían las películas El proceso en 1962 y luego Campanadas a medianoche (1966), la última de sus magistrales versiones de Shakespeare, basada en Falstaff. Allí Welles actúa, aunque ya bastante obeso.*

*De ahí para adelante, vendría una lenta y distinguida decadencia (incluso el Sr. Spielberg se permitió rechazarle un proyecto), hasta su muerte de infarto a los setenta años, inmensamente obeso. Pidió que lo enterraran en la hacienda de su amigo el torero Ordóñez, en Málaga, como dando la espalda a su país, que lo castigó por no dejarse domesticar (como las trufas en la actualidad).*



**Crisis diplomática o  
Fifi y la trufa chilena**  
*por Orson Welles*

Hubo una vez una trufa que casi desencadena una guerra mundial. No me refiero a una “fruslería”... sino a una *trufa*.<sup>1</sup> Esas cosas negras que meten en los hígados de los gansos, conocidas como *Tuber Melasporum*. Para encontrarlas, los cerdos cavan en la tierra, aunque casi nunca llegan a comerlas. Si uno tiene la suerte de toparse con un cerdo hurgando debajo de un roble en la provincia francesa de Perigord, es probable que vaya escoltado de cerca por un vigilante granjero, con sus bolsillos llenos de maíz. El cerdo consigue el maíz, y lo que el granjero consigue por la trufa es una bonita moneda (o un *joli sou*).

El llamado Shakespeare de los *chef*, Brillat-Savarin, se refería a la trufa como “el diamante negro de la cocina”... y las pequeñas raíces cuestan lo que corresponde.

Durante los meses de otoño, los lechones más entusiastas del norte de Italia desentieran una suculenta trufa “blanca”... en realidad una hermosa pieza color gris nublado. Estas trufas son envueltas en delgados pliegos de papel de seda, para luego ser colocadas en los mullidos *risottos* de Milán. Pero afortunadamente tales soberbias rarezas son estacionales, y viajan poco... por esa razón mi relato tiene sentido.

Ocurrió en París y el héroe trágico fue un Ministro del gabinete francés.

El villano fue una trufa. Esta trufa no era ni blanca ni negra.

–Pretende ser gris –dijo Henri, el *chef* del Ministro–. Pero es un hecho que muestra el verde más abominable.

La trufa era, más encima, enorme. Del tamaño de un melón y venía de Chile, donde el padre de la esposa del Ministro había estado alguna vez *en poste*. Los recuerdos de niñez de esta dama respecto de las trufas chilenas eran tan glamorosos, que ella había movido sus palancas; de modo que el notable ejemplar, ahora bajo los ojos sospechosos del *chef*, había volado desde Santiago a París en la valija diplomática.

Su Excelencia el Ministro la había confundido al principio con un exótico espécimen meteorológico, en tanto que el Primer Subsecretario, dotado de un nítido olfato para el melodrama, tomó la precaución de sumergir la trufa en un palangana de agua, bajo la sospecha de que se trataba de una bomba.

Madame, la esposa del Ministro, no perdió tiempo en poner a cada cual en su lugar. Como todos ellos sabían bien, una cena oficial de la mayor importancia sería ofrecida esa misma noche.

–Estamos en el mes de julio –señaló–. Las trufas blancas de Italia no hay modo de conseguirlas, y la gente come trufas negras todos los días.

Esto último, por supuesto, no era estrictamente cierto; pero su esposo se contentó con advertir que quizá sus honorables invitados, dignatarios de la Rusia Soviética en visita breve a París, no estarían hartos hasta el punto del aburrimiento con las trufas francesas.

–La trufa de Chile –dijo Madame en tono definitivo–, es una grata novedad. Informen al *chef* que la emplee con el lenguado–. Y con esto ella deja nuestro relato, ya que la cena era un evento sólo para hombres.

–No sería prudente –dijo el Ministro, con típica debilidad–, hacer caso omiso de los deseos de mi esposa. Y por otro lado, los rusos no van a notar la diferencia.

Pero el *chef*, un hombre de temperamento vivo, no se había aplacado.

–¡Piensen en la responsabilidad! –gritó, sosteniendo la blanduzca trufa con el brazo estirado–. ¡Dieciséis dignatarios de alto rango de la Unión Soviética! ¿Supongan que mueren?

–Vamos, vamos, Henri. No haga un drama de esto.

–¿Drama? –se empeñó Henri, agitando los brazos, colocando antes con cautela la trufa en el suelo–. ¿Drama? ¡Déjeme asegurarle a Su Excelencia que incluir a esa excrescencia vegetal en una

---

<sup>1</sup> Juego de palabras intraducible entre *trifle* y *truffle*.

salsa para el pescado, y alimentar con ello a un grupo de hombres educados en los métodos más directos de acción política, no es hacer drama, sino incitar a la tragedia!

–Él está pensando –dijo el Primer Subsecretario en tono bajo y discreto–, en las represalias.

–Ahora bien, Henri, no olvide que el Ministro lo respalda.

–Su Excelencia olvida a quien debo mi principal lealtad.

–Naturalmente. A su orgullo profesional...

–Absolutamente, no. Me refiero a mi posición como miembro del Partido Comunista. Había escapado de la mente del Ministro del gabinete que su *chef* era comunista. –Eso lo hace embarazoso, ¿no es así?

–Ya soy sospechoso de desviacionismo –dijo Henri–. Imagine mi destino si pasa algo, aunque sea un desorden gástrico menor...

–Henri, mi esposa es garantía de esas trufas.

–Ella es una mujer decidida, Su Excelencia.

–Ahora, si alguno de ustedes –dijo el Ministro–, se atreviera a actuar como conejillo de indias...

Siguió un silencio molesto, perturbado sólo por los resoplidos asmáticos de Fifi, una vieja perra pequinuesa.

–Todo se reduce a esto –resumió el Ministro, observando sombríamente por la ventana–, tenemos que elegir entre envenenar a la delegación soviética completa o desafiar los deseos explícitos de mi esposa. Ambos casos son impensables. ¡Fifi! ¡Vuelve acá con eso!

La pequinuesa había agarrado la trufa y la estaba sacudiendo melancólicamente por el piso de parquet. El Primer Subsecretario saltó hacia delante mientras Fifi hundía sus dientes en la verde carne vegetal; pero de pronto el Primer Subsecretario se detuvo. La perra estaba masticando, con evidente satisfacción, una generosa porción de la delicia chilena. Y una mirada terrible había aparecido en los ojos del Ministro.

–Que siga –dijo, hablando en los tonos que normalmente reservaba para los funerales de gran pompa–, esta bestia avejentada y enferma debería haber sido descartada hace tiempo. Denle otro trozo de trufa. Si sobrevive hasta la cena, estamos libres para proceder con el menú tal como ha sido planeado por mi esposa. Pero si Fifi perece... será por una buena causa: la seguridad de la República Francesa.

A la hora de la cena todos respiraban con más tranquilidad. Fifi era quizá la única excepción. No es que la trufa no hubiera congeniado con ella, al contrario; sino que en las horas de la tarde el asma de Fifi era siempre un poco problemática. El Ministro la dejó salir a rasguñar por el jardín y retornó con un corazón liviano a recibir a sus invitados.

Una escasa hora más tarde, el camarada Vicecomisario de las Pesquerías Soviéticas ya se hallaba de pie proponiendo un brindis por la paz. Henri había transformado la odiada trufa en uno de sus triunfos más refinados, desmenuzándola con chalotes y hongos en una salsa al vino blanco, espesada con mantequilla y yemas de huevos.

Como un solo hombre, los rusos habían limpiado sus platos con pan y pedido más, y ahora, por sobre la segunda copa de un excelente champagne, el Ministro se congratulaba a sí mismo por su éxito diplomático, cuando el Primer Subsecretario deslizó una nota escrita bajo su mano. El mensaje decía simplemente:

“FIFI HA MUERTO”.

El Ministro murmuró una excusa y se apresuró hacia la cocina.

–¡Llamen una ambulancia! –gritó–. ¡Si los rusos mueren aquí en el Ministerio, caerá el gobierno!

Su mano se congeló en el teléfono. Una ambulancia sería escasamente adecuada: había dieciséis miembros en la delegación. La visión de dieciséis ambulancias, cada una llevando un diplomático soviético, ululando y repicando por el Quai d’Orsay fue rápidamente reemplazada por el cuadro mental de dieciséis distinguidos cadáveres en dieciséis ataúdes surgiendo interminablemente de los Champs Elysées, en lo que sería seguramente el más concurrido funeral

en la historia. Cada comunista de Europa marcharía en la procesión; habría una huelga general, y entonces...

Podía escucharse en el comedor a otro camarada Comisario proponiendo un nuevo brindis. “Os concedo,” decía, “la Revolución Francesa.”

“Eso,” pensó el Ministro, “es precisamente lo que vamos a conseguir. Con dieciséis honorables invitados muertos a sangre fría en una cena oficial, la revolución es apenas el comienzo... ¡Esto es la guerra!”

El postre se hallaba a punto de ser servido cuando un médico de confianza, bajo estricto juramento de guardar el secreto, fue introducido a escondidas en el Ministerio para trabajar con Henri en la cocina. Al parecer existen apenas dos antídotos efectivos para el envenenamiento con trufa, y se concluyó que ninguno de los dos era lo suficientemente insípido como para meterlo dentro del postre, una “Bomba Sorpresa”. Obviamente los antídotos debían ser administrados subrepticamente; y si la paz mundial había de ser preservada, sólo podía ser con el café.

–Café turco –recomendó el Primer Subsecretario–. Mejor café diablo... rociado con algún licor fuerte. Henri debe disponer eso.

El *chef*, consciente de su propia responsabilidad como buen comunista, se puso a la tarea vigorosamente.

–Póngale un poco de tabasco –sugirió el Ministro–, o una pizca de curry en polvo.

–Su Excelencia –dijo Henri, colocando una cucharada de licor en su preparado–, en el período de la Ocupación yo estuve implicado en un paté hecho con unos gatitos. Uno tiene sus propios recursos, pero por ahora están agotados: el olor de la clínica persiste. Consigan mejor una cánula para lavados estomacales y un sacerdote... ¡Conozco mis limitaciones!. –Y aquí el buen hombre estalló en lágrimas de desesperación.

En ese negro instante, hizo su aparición el Tercer Subsecretario. No sabía nada del contratiempo diplomático en curso, ya que su rango no era suficiente como para ser invitado al banquete.

–He hablado con Madame por teléfono –dijo–. Estaba muy afectada por las noticias acerca de Fifi...

El Ministro lo interrumpió con un gesto impaciente.

–Estamos *todos* afectados –dijo–. Más aún, hemos resentido intensamente la pérdida.

–Madame me ha pedido que le solicite a usted despedir al ayudante del jardinero.

–Este no es el momento para trivialidades domésticas, por Dios, hombre, estamos a punto de...

–Pero fue el jardinero quien dejó la verja abierta, y usted sabe que Fifi siempre partía corriendo tras los automóviles...

El Ministro agarró al Tercer Subsecretario por la solapa de su chaqueta, una solapa que pronto sería decorada con la cinta de la Legión de Honor.

–¿Qué quiere decir...? –preguntó el Ministro.

–Pues sí, la pobre vieja criatura lo intentó demasiadas veces. Un gran camión de reparto. Muerte instantánea. Fue muy triste.

(Traducción de Bartolomé Leal)